

PRESENTACIÓN DEL TEXTO. RICHARD GOODWIN, ECONOMISTA SINGULAR¹

Alfons Barceló²

Departamento de Teoría Económica
Universidad de Barcelona

En puridad, todos los economistas de algún renombre merecen el calificativo de "singulares"; pero también es obvio que la singularidad presenta diversas intensidades, de forma que no todos los que merecen esa etiqueta la sobrellevan con igual donaire. Esto es: algunos son mucho más singulares que otros. Pues bien, opino que Goodwin se merece con creces el calificativo. Anotemos de pasada que en su necrológica para el *Cambridge Journal of Economics*, Luigi Pasinetti esbozó su retrato intelectual con los siguientes trazos: "economista muy notable, original, enigmático, no conformista". Tal vez no sea ocioso señalar asimismo que Ernesto Screpanti y Stefano Zamagni le colocaron en otra categoría, también adecuada, y no incompatible con la nuestra, a saber, la de "economistas incómodos". Tras este rótulo colocaban precisamente a Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994), John Kenneth Galbraith (1908-2006), Richard Murphy Goodwin (1913-1996), y Albert Otto Hirschman (1915, 96 años) (cf. Screpanti & Zamagni, 1997, sección 11.3.3: "Cuatro economistas 'incómodos'", pp. 434-440). Justifican esta denominación, primero, porque no pudieron encontrar para ellos una casilla idónea en el panorama de las escuelas económicas contemporáneas; en segundo lugar, porque su resistencia a dejarse encasillar constituía una característica que los unía y los calificaba mucho más claramente de lo que podría parecer a primera vista. De modo que concluían diciendo: "Y los hemos incluido entre los 'herejes' porque creemos que, entre las cualidades que los unen, no es la menos importante el gusto por la 'herejía'" (Screpanti & Zamagni, 1997, p. 435). Es natural, por tanto, que no se mencione siquiera a Goodwin en muchas de las historias del pensamiento económico, pues el ostracismo y el ninguneo ha sido a menudo la sanción más benévola aplicada a herejes y heterodoxos.

Singular, en fin, por razones varias. Por la personalidad de algunos de sus maestros (Schumpeter, Leontief, Harrod, Joan Robinson) y de algunos de sus discípulos (Schumpeter -como alumno oyente en alguna de sus clases de

¹ Nota introductoria a la traducción del artículo de Goodwin, "Produzione e benessere", publicado por Stefano Zamagni (a cura di) (1989), *Le teorie economiche della produzione*. Bologna, Il Mulino, pp. 87-90.

² abarcelo@ub.edu

matemáticas-, Simon, Solow, Pasinetti); por sus compromisos políticos (miembro durante un tiempo del Partido Comunista de Gran Bretaña, y luego del PC de Estados Unidos) y por su ideario (se autocalificó con frecuencia como 'marxista extravagante'); por las enseñanzas que impartió (física, matemáticas, introducción a la economía, dinámica económica) y por sus aportaciones teóricas (en campos como la economía dinámica, modelos multisectoriales y modelos no lineales). Más en concreto, fue él quien abrió camino al uso del cálculo matricial en economía, a la utilización de las ecuaciones de Volterra -sistema depredador presa- para representar el conflicto burgueses contra proletarios y para modelizar un esquema de ciclo económico marxista; incluso flirteó con la teoría de catástrofes y con la teoría del caos determinista, percibidos como artefactos novedosos dignos de ser puestos a prueba en el campo de la economía matemática. Por añadidura, realzan esta presunta singularidad algunas de sus aficiones (ya en el plano contemplativo, como la música y las artes plásticas, ya en el plano activo como era conducir coches deportivos y, sobre todo, pintar al óleo de forma asidua). También por la envidia que provocaban algunas de sus capacidades y responsabilidades socioacadémicas (maestro muy bien considerado por su sensibilidad y dotes pedagógicas, uno de los patronos de la revista de economía crítica *Cambridge Journal of Economics*, ocuparse durante un largo período de seleccionar vinos y concertar compras a fin de mantener a punto la selecta bodega de Peterhouse, su *college* de la Universidad de Cambridge). Como profesor universitario gozó siempre de considerable prestigio: alumnos suyos, como Karl Brunner y Robert Solow en Harvard, o Pasinetti en Cambridge le han recordado como un docente muy estimulante y un maestro de primera clase.

Repasemos ahora rápidamente su trayectoria vital e intelectual. Nació en Newcastle (Indiana) en 1913; falleció en Siena (Italia) en 1996. Su padre (y antes su abuelo) era banquero y entró en bancarrota a raíz de la Gran Depresión de los años 30. Richard estudió en Harvard entre 1930 y 1934. A continuación estuvo cuatro años en Oxford, donde siguió con especial interés las enseñanzas de Harrod. Gracias a esa relación pudo leer tempranamente y con ilusión la *General Theory* de Keynes bajo el formato de galeradas. Regresó a Harvard y se doctoró en economía en 1938 con una tesis sobre marxismo. Luego enseñó física y matemática aplicada hasta 1945, e introducción a la economía hasta 1950. Pero Goodwin era el hijo rebelde de una familia de banqueros, había sido un alumno activista en cuestiones de solidaridad y derechos democráticos, y ahora era un joven profesor en la conservadora Universidad de Harvard durante la década de 1940. Ante la perspectiva de una difícil promoción académica en Estados Unidos, dadas sus inclinaciones políticas en los albores de un "tiempo de canallas" (Lillian Hellman), decidió trasladarse a universidades europeas. De modo que a partir de 1951 impartió docencia en Inglaterra (Cambridge), hasta su jubilación (1980). Punto seguido, ganó en concurso abierto una plaza de catedrático en Siena, donde prosiguió su labor docente hasta la edad de jubilación en la universidad italiana (75 años, por tanto en 1988). Con todo, aún permaneció activo en Siena hasta su fallecimiento, como catedrático emérito, y siempre entusiasmado por la riqueza museística de Italia, su país preferido para peregrinajes estéticos.

En su período formativo sus grandes maestros fueron el matemático Philippe le Corbeiller (experto en oscilaciones), Wasily Leontief (con sus tablas input-output), Norbert Wiener (matemático, padre de la cibernética) y, sobre todo, Joseph A. Schumpeter, de quien se convirtió en gran admirador y amigo. Más tarde, en el ámbito de la economía, Marx y Schumpeter fueron sus dos grandes guías teóricos: "Sólo Marx había entendido la verdad (...); sólo Schumpeter había tomado en serio a Marx", escribió en el prólogo de la edición italiana de *Essays in Economic Dynamics*. Así rememoró el encuentro el propio Goodwin: "Cuando regresé a Harvard, me cautivó el intelectualismo apasionado de Schumpeter, en particular su buen conocimiento del pensamiento de Marx, desde un temple personal de reaccionario inteligente. Disfrutaba Schumpeter, de manera especial, de la amistad de Paul Sweezy y de la mía, precisamente porque nosotros no estábamos de acuerdo con él, y también porque nos veía y nos exhibía como especímenes de la degeneración del capitalismo, dado que tanto uno como otro éramos hijos de banquero convertidos en rojos" (Goodwin, 1985, 4).

Muy pronto sintió una neta inclinación por la econometría; sintonizaba, sobre todo, con las inquietudes y trabajos de Frisch, Kalecki y Tinbergen. Recuérdese que la propuesta inicial de crear una Sociedad de econometría fue impulsada por el noruego Ragnar Frisch. Schumpeter de inmediato se mostró entusiasta con la idea, y algunas de las reuniones preparatorias tuvieron lugar en su casa de Bonn. También fue Schumpeter el presidente de la reunión del 29 de diciembre de 1930 en Cleveland (Ohio) en la que nació la *Econometric Society*. Señalemos asimismo que Jan Tinbergen era el tercer líder destacado en esta etapa fundacional, que Irving Fisher fue el primer presidente y Alfred Cowles, como hombre de negocios y economista, el tesorero y mecenas.

Las notas características de esta asociación eran, según su propia definición: "*sociedad internacional para el avance de la teoría económica en su relación con las matemáticas y la estadística*". A la 'teoría económica' correspondía ofrecer conceptos y problemas; a las 'matemáticas', aportar herramientas formales y rigor argumental; y a la 'estadística', suministrar datos y sustrato empírico. Estos eran los principios fundamentales en los que confiaba Schumpeter y que transmitió a sus alumnos. Goodwin también suscribía estas tesis, y a ellas se mantuvo fiel hasta el final de su trayectoria intelectual. Más aún: consideraba errado quejarse por vicio de una demasía de cualquiera de ellas. Su nota autobiográfica escrita para la revista trimestral de la *Banca Nazionale del Lavoro* terminaba así: "Creo que necesitamos más, y no menos, aportaciones fidedignas y manejables de los tres veneros que confluyen en este complicado asunto que es la economía" (Goodwin, 1985, 13).

Goodwin se dedicó a lo largo de su vida a explorar la dinámica de los sistemas capitalistas, desde diversos ángulos y con dispares artefactos analíticos. Aunque también puso de manifiesto su admiración por Wicksell, Leontief, Sraffa o von Neumann, los referentes básicos de su concepción de la naturaleza del capitalismo fueron Marx, Keynes y Schumpeter. Dicho con más precisión: Goodwin intentó

incorporar a la "dinámica magna" ideada por Marx y asimilada luego por Schumpeter a su manera, las incertidumbres sistémicas intrínsecas de una economía monetaria. Él mismo bautizó su visión con el acrónimo MKS, esto es, "sistema Marx-Keynes-Schumpeter", una forma de representar la esencia del capitalismo a base de vertebrar en una visión integrada las profundas intuiciones de estos tres grandes economistas. Ciertamente el Marx del Goodwin economista no es el Marx de la teoría del valor trabajo, de la explotación, del fetichismo de la mercancía, de la imaginada tendencia decreciente de la tasa de ganancia, sino más bien el estudioso de las leyes del movimiento del capitalismo, el analista de los cambios estructurales discontinuos e irreversibles, el pensador que aspira a una "síntesis química" entre economía e historia. Y su Schumpeter no es el entusiasta del equilibrio general walrasiano con su pilastra fundamental de individualismo metodológico, sino el admirador de la gran síntesis dialéctica de Marx, el estudioso que contempla y evalúa con imaginación el papel del progreso técnico y de los innovadores de carne y hueso, el intelectual que atiende a las complejas bases de las ciencias y las tecnologías a la vez que examina y analiza los mecanismos de la propagación de las innovaciones, junto con los estímulos básicos que despiertan o frenan cada secuencia de un cambio técnico determinado. De Keynes adopta la noción de 'demanda efectiva' y, sobre todo, su visión sobre el paro involuntario. Sobre estas bases se esforzará por combinar la noción de evolución cíclica con la existencia de un 'ejército industrial de reserva' (que actúa además como freno y como amortiguador). En resumidas cuentas, Goodwin buscaba combinar el punto de vista estructuralista con el punto de vista evolucionista, el enfoque sincrónico con el diacrónico.

Por lo que se refiere al objetivo central perseguido, el asunto estaba claro: explicar cómo funciona el capitalismo industrial y anticipar sus evoluciones plausibles. Evidentemente, los supuestos de una trayectoria perfectamente determinada por fuerzas endógenas no excluyen vueltas y revueltas de carácter caótico, ni incertidumbres derivadas de condiciones de contorno cambiantes. Por lo que se refiere al estilo expositivo vale decir que no es nada retórico, sino que emplea un lenguaje conciso, e incluso algo críptico, con propensión a utilizar esquemas matemáticos, pero sin descuidar nunca sus referentes reales. Desde luego, siempre se preocupó de hacer hincapié en los rasgos principales o de primera magnitud, con vistas a utilizarlos como ejes básicos de la argumentación explicativa: así ocurría, por ejemplo, con el principio de la demanda efectiva. Asimismo siempre tuvo muy presentes las tendencias a largo plazo y las condiciones de oferta, así como las conexiones entre ciclos y crecimiento, junto con el papel crucial de los cambios estructurales (en contraposición a la visión mucho más continuista que, por regla general, adoptan keynesianos, monetaristas y neoclásicos).

Se trataba, sin duda, de un prometedor y atractivo programa de investigación. Una excelente rampa de lanzamiento, si se concibe como un andamiaje provisional, abierto a la crítica y a las correcciones, dispuesto a sacar provecho de todas las herencias valiosas de épocas periclitadas, si se rehuyen los dogmatismos a la vez que se persigue coherencia global, y permanente puesta a punto y al día. Bien es verdad que nunca quedó Goodwin plenamente satisfecho de sus resultados; pero abrió caminos

novedosos y fructíferos, aunque jamás alcanzase la tierra, si no prometida, al menos avizorada. Tenía claro, sin embargo, cuáles eran los pilares básicos que debían ser estudiados: el progreso técnico y la demanda efectiva. Esos eran, a su entender, los dos grandes motores de la dinámica económica, tanto capitalista como no. Señalaba Goodwin en cierta ocasión, repasando sus esfuerzos y aportaciones, que no era lícito ignorar rasgos esenciales de un sistema económico con la excusa de que complicaban el análisis o convertían en dudosos ciertos resultados que parecían de validez general. Y recordaba en este sentido que Einstein alguna vez dijo que siempre se deben formular nuestras teorías de manera tan simple como sea posible, pero ino más!

Quizá su trabajo más emblemático sea el modelo elaborado en el artículo "A Growth Cycle" (en C.H. Feinstein (ed.), *Socialism, Capitalism and Economic Growth. Essays presented to Maurice Dobb*, Cambridge. Cambridge University Press, 1967, pp. 54-58). El modelo se basa en la idea de que la causa principal del ciclo reside en la relación de conflicto y de dependencia que une a las dos clases fundamentales de la economía capitalista. Cada una de ellas trata de aumentar el tamaño de su porción del pastel. Pero las reglas del juego imponen que ninguna de las dos partes pueda quedarse con el pastel entero: ninguna de las dos porciones puede aumentar indefinidamente a expensas de la otra. A largo plazo, ambas porciones serán constantes; a corto plazo, oscilarán. El mecanismo que asegura la oscilación lo constituyen los efectos negativos de los incrementos salariales sobre las inversiones, junto con la incidencia de la disminución de las inversiones sobre el desempleo. Para formalizar esta concepción marxiana del ciclo, Goodwin echó mano de las ecuaciones que Volterra había ideado para representar trayectorias de unas poblaciones contrapuestas, pero que podían coexistir y coevolucionar, formando un sistema con algunas sinergias positivas. En otras palabras, el modelo 'depredador presa' suministraba un esquema analítico apto para representar ciertas pautas de la lucha de clases, tales como el conflicto entre burgueses y proletarios o entre señor feudal y campesinos siervos.

De todos modos a mí particularmente me resultan más sugerentes los chispazos intuitivos y con su pizca de humor que presenta casi a modo de aforismos, y que menudean desperdigados en todos sus escritos. Una ilustración: "el ahorro procede en gran medida de aquellos que tienen ingresos considerables. Todavía más significativo es el hecho de que en los siglos XIX y XX la acumulación estratégicamente importante ha sido financiada en buena medida por la vía de los beneficios no distribuidos (y no por medio de una reducción del consumo voluntariamente asumida). Dicho proceso ha sido llevado hasta sus consecuencias extremas en las modernas sociedades anónimas, en las que unos gerentes y ejecutivos bien retribuidos deciden cuánto tienen que ahorrar otras personas: la decisión por tanto se toma valorando las estrategias de desarrollo de la empresa, sin tener en cuenta el coste psíquico de la renuncia al consumo" (Goodwin, 1970, 223).

Antes de concluir esta breve nota, acaso sea oportuno reproducir aquí una autocrítica notable y aleccionadora de nuestro personaje: "El mayor error intelectual que he cometido en mi carrera (como pifia de carácter particular o específico) sucedió a raíz de que Schumpeter me pidiera en 1938 o 1939 escribir una reseña de una nueva

publicación muy importante: el escrito de von Neumann publicado en los papeles del seminario de Menger, trabajo que había sido expuesto verbalmente en Princeton en 1932. Pues bien, cuando me di cuenta de que el autor estaba incluyendo en el output todo el remanente del equipo y de las instalaciones de la factoría, juzgué temerariamente que eso era totalmente irreal (y todavía lo juzgo así); pero hoy retrospectivamente me doy cuenta del inmenso poder simplificador de ese método. En cualquier caso, ¡ay!, informé a Schumpeter de que el trabajo no era más que una muestra de virtuosismo matemático, sin percatarme de que esclarecía dos aspectos que a él le preocupaban. A saber, una rigurosa solución al problema central de Walras /esto es, la caracterización del equilibrio económico general/, y una demostración de que el tipo de beneficio emergía con el crecimiento, y no brotaba de una cantidad de capital. Cuando años después me ocupé de ordenar sus papeles para la sección final de su *History of Economic Analysis*, me encontré con que no había ningún comentario sobre este trabajo, que ahora considero como una de las aportaciones teóricas más importantes y fecundas de nuestro siglo. Posiblemente esta omisión era consecuencia y resultado de mi propia ceguera" (Goodwin, 1985, 4).

Para terminar diré que suscribo, con pocas salvedades, el balance de Screpanti y Zamagni sobre las perspectivas y logros de Goodwin. Destacan estos autores "la visión del capitalismo como un sistema dinámico intrínsecamente inestable; la conciencia de la insuficiencia del tradicional análisis estático y del equilibrio a la hora de comprender las leyes de movimiento de dicho sistema; la fundamental importancia reconocida al comportamiento de los agentes económicos colectivos, y el consecuente juicio de irrelevancia en relación al análisis microeconómico. Es asimismo cierto que su investigación ha estado constantemente dominada por la exigencia de integrar las ideas provenientes de (...) distintos planteamientos en una visión orgánica. El verdadero problema es que dicha investigación no ha culminado con la formulación de un sistema teórico completo. Este, sin embargo, es un problema que afecta a toda la investigación teórica postkeynesiana y neomarxista contemporánea. Por otra parte, se trata de una labor aún en curso, y el hecho es que la contribución de Goodwin a dicha labor resulta fundamental" (Screpanti & Zamagni, 1997, 440).

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Goodwin, R. M. (1957): "Un modelo de crecimiento cíclico" in Luis A. Rojo Duque (sel. e int.), *Lecturas sobre la teoría económica del desarrollo*. Madrid, Gredos, 1966, pp. 91-110. (T.: Luis Angel Lerena).

Goodwin, R. M. (1970): *Elementi di economia avanzata. Un'esposizione non matematica*. Milano, Etas Kompass, 1972. [*Elementary Economics from the Higher Standpoint*, London, Cambridge University Press] (T.: Giorgio Questa).

Goodwin, R. M. (1982): *Essays in Economic Dynamics*. London, Macmillan.

Goodwin, R. M. (1983): *Essays in Linear Economic Structures*. London, Macmillan.

Goodwin, R. M. (1985) "A personal perspective on Mathematical Economics". *Banca Nazionale del Lavoro*, n. 152, pp. 3-13.

Goodwin, R. M. (1989): "An Essay in Synergetic Economics" in George R. Feiwel (ed.) *Joan Robinson and Modern Economic Theory*. London, Macmillan, pp. 278-281.

Goodwin, R. M. (1990): *Caos y dinámica económica*. Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 1996. (T.: Julio Sánchez, Dulce Saura, Gloria Jarne).

Goodwin, R. M. & Punzo, L. (1987): *The Dynamics of a Capitalist Economy. A Multi-Sectoral Approach*. Cambridge, Polity Press. (La primera parte, "Macrodynamics", pp. 3-160, está firmada por el propio Goodwin; la segunda parte, "Modelling the Structure of a Capitalist Economy" , pp.163-311, por Lionello F. Punzo).

Schumpeter, J. A. (1942-1951): *Historia del análisis económico*. Barcelona, Ariel, 1971. (T.: Manuel Sacristán).

Screpanti, E. & Zamagni, S. (1993): *Panorama de historia del pensamiento económico*, Ariel, Barcelona, 1997. (T.: Francisco J. Ramos).

Velupillai, K. (ed.) (1990): *Nonlinear and Multisectoral Macrodynamics. Essais in Honour of Richard Goodwin*. London, Macmillan.